

De la **identidad moderna** y la **red de conexiones***

On modern identity and the connections network

Juan Diego Galindo Olaya**

Recepción: abril de 2014
Evaluación: julio de 2014
Aceptación: febrero de 2015

Artículo de reflexión

Resumen

Este artículo se sitúa en las relaciones familiares modernas de parentesco y su devenir en relaciones desvinculadas, para aproximarse a lo que sería el paso de la identidad fundada en el compromiso, a la red de conexiones fundada en una serie de identidades desvinculadas. De lo que se trata al parecer, es de dos tipos de pensamiento y dos series de identificaciones que implican el paso de la identidad fundada en el compromiso, a la red de conexiones. De acuerdo con

lo anterior, en un primer momento se reconstruyen algunos planteamientos a propósito de la relación identidad y marco de referencia; en un segundo momento, se formulan algunas relaciones entre la identidad y la familia moderna, para cerrar señalando el paso de la identidad a la red de conexiones, como condición determinante de una nueva racionalidad contemporánea.

Palabras clave: identidad, familia, relación padres-hijos, razonamiento, cambio cultural.

* Artículo de reflexión, resultado del trabajo de investigación desarrollado como parte de la delimitación de la línea de investigación Desarrollo, cultura y educación: problemas sociales, del Grupo de Investigación Filosofía, Educación y Pedagogía.

** Licenciado en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Magíster en Filosofía de la Universidad del Rosario. Investigador del Grupo de investigación Filosofía, Educación y Pedagogía de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.



Abstract:

The following article originates from modern family relationships and its progression in disjointed relationships, to come closer to what it would be the passing from the identity based on commitment, to the connections network based on a series of disjointed identities. What it seems to be about, are two types of types of thinking and two series of affinities that imply the passing from the commitment-based identity, to the connections network.

According to this, in a first stage some ideas about the relationship and the reference framework are reconstructed; in the latter stage, some relationships between identity and modern family are formulated, to conclude by pointing out the passing from identity to the connections network, as a decisive condition for a new contemporary rationality.

Keywords: identity, family, parents-sons relationship, reasoning, cultural change.

Introducción

Alguien ingresa a una sala de chat en Internet, es decir, a un espacio virtual que no cuenta con un punto fijo en la extensión y que agrupa, en tiempo real, a un número de personas que se encuentran separadas por distancias que pierden su valor en tiempo histórico. Su ingreso no es físico, dado que su composición biológica no es compatible con el mundo de *bits* al que ingresa, donde su cuerpo no es necesario y es remplazado por un yo virtual, que se caracteriza por la incorporeidad y con el que tiene acceso a dicho espacio.

No es posible que ingrese sin que cree una extensión de sí mismo, es decir, un yo virtual, que en ciertos espacios puede usar el nombre de pila del yo biológico y en otros, adquirir el nombre que desee o el que sea predefinido por el sistema para él como el de *Smoot face*, *Kamiwii*; las denominaciones de su yo se agrupan bajo un código IP¹ con el que accede a la red y que funciona como la identificación ante otros “yo” virtuales, ambos conocidos como usuario. Este código le permite hacer una transacción en el banco o firmar un documento de trabajo, tan solo con su extensión virtual, puede comprar alimentos y electrodomésticos, comunicarse con otras personas, establecer una relación sentimental y hasta contraer matrimonio.

Es posible crear toda una vida que adjudica sentido a la forma de ser, de pensar y de vivir de ese yo en el espacio virtual, en comunidades como

second life o en redes sociales como *Facebook* o *Twitter*, que se caracterizan porque permiten establecer contacto con otros usuarios sin que exista algún tipo de proximidad corporal y relación de socialidad. Mientras el cuerpo del yo biológico se encuentra inmóvil e interactúa con una pantalla, el yo virtual se desplaza en la red según sus elecciones e intereses, además, interactúa con otros “yo” virtuales.

Su circular por la red constituye información que se vuelve un dato que el sistema registra en una base de información sobre las preferencias del usuario, para que en adelante, el sistema ponga a su disposición los contenidos de interés y los demás sean desechados. Llegado el momento, el usuario puede terminar con su paseo por la ciudad virtual de *second life*, con el incansable circular entre perfiles en *Facebook* o con la espera de que algún contacto se conecte para chatear, pues siempre encontrará la opción en la esquina superior de la pantalla o en el menú del usuario, para salir y terminar la conexión.

El tiempo real en el que se reúnen los “yo” virtuales y se mantienen a distancia los cuerpos físicos de los “yo” biológicos, deshace el espacio extenso como recorrido y punto geográfico de proximidad entre las personas, que produce la pérdida del recorrido, de la ubicación geográfica y del encuentro entre los cuerpos físicos en las comunidades virtuales. La incorporeidad y la instantaneidad son algunas de las condiciones en las

¹ Es la abreviatura de Internet Protocol y corresponde al número con que se identifica una determinada conexión en una red de manera lógica y jerárquica. Esta identificación no sólo diferencia una conexión de otra, sino que asigna un lugar en la red para que sea localizada para que los ordenadores se conecten entre sí mediante sus respectivas direcciones IP (Unión Internacional de Telecomunicaciones, 2005, p. 2).

que se establece un nuevo modo de relacionarse entre las personas, propio del siglo XXI y que constituye una determinada manera de ser, de pensar y de vivir en el mundo.

Para el sociólogo Zygmunt Bauman (2008), este modo de relación que se establece entre las personas, y que pasa por la incorporeidad y la instantaneidad, pone en crisis las relaciones que se establecían con el otro y que se fundaban bajo la idea de compromiso, propia de la identidad moderna. Por ejemplo, uno de los fines deseables en la modernidad era el de formar una familia, bajo el compromiso de que la unión que ella conforma fuera “hasta que la muerte los separe”. Lo anterior, constituye un tipo de relación que pasa por la identificación con la unidad y la perpetuidad, como condiciones determinantes de conformación de una familia nuclear en el marco de las relaciones de parentesco.

Pero la emergencia de un tipo de relaciones que se sustenta en el miedo y la fragilidad en los compromisos, a la vez que en el anhelo por comprometerse y en la duración de estos, caracteriza una época denominada por Bauman (2008) como modernidad líquida. Lo que señala es que el tiempo real y el espacio virtual, en la actualidad, determinan un nuevo modo de relación con los otros que genera ambivalencias en la conformación de los vínculos, y que se funda en la idea de desvinculación. Lo anterior, constituye un tipo de relación que pasa por la identificación con la individualidad y la instantaneidad,

a partir de las cuales se consolidan relaciones desvinculadas entre los usuarios de las redes sociales.

Entonces, contraponemos entre la modernidad y la modernidad líquida, dos tipos de pensamiento y dos series de identificaciones, que implican prácticas sociales distintas. De ahí que, este artículo se sitúa en las relaciones familiares modernas de parentesco y su devenir en relaciones desvinculadas, para aproximarse a lo que sería, según Bauman, el paso de la identidad fundada en el compromiso, a la red de conexiones fundada en una serie de identidades desvinculadas, en palabras de Bauman (2005): “Si los compromisos no tienen sentido, uno se siente inclinado a cambiar una identidad, elegida una vez y/o todas las veces, por una red de conexiones” (p. 25).

Para dicha aproximación, en un primer momento, siguiendo los planteamientos del filósofo Charles Taylor (1996) en el libro *Las Fuentes del yo*, se reconstruye la relación existente entre identidad y marco de referencia moderno, según la cual, la constitución de una familia corresponde a una de las valoraciones más fuertes de las personas, y a partir de ella se determina una manera de juzgar y entender las relaciones de parentesco. En un segundo momento, se formulan algunas relaciones entre el marco conceptual, planteado por Taylor (1996), sobre la identidad moderna y la familia moderna, a partir de los planteamientos del sociólogo Zygmunt Bauman. Por último, se señala cómo el paso de la identidad a la red de conexiones, como

Para el sociólogo Zygmunt Bauman (2008), este modo de relación que se establece entre las personas, y que pasa por la incorporeidad y la instantaneidad

condición determinante de una nueva racionalidad, no implica la desaparición de la identidad, sino que corresponde a nuevos marcos de referencia que permiten una nueva interpretación del yo.

Identidad y marcos de referencia

La idea moderna de identidad, según Charles Taylor (1996), contiene un trasfondo moral que determina el conjunto de compromisos e identificaciones que la conforman, y a partir del cual se determina lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que aprueba o a lo que se opone al “yo”. En palabras del autor, es el horizonte dentro del cual se puede adoptar una postura. Así las cosas, la identidad tiene que ver con el lugar que ocupa el “yo” en las cuestiones morales, y estas contienen lo que significa ser un “yo”, una persona o un agente, que ponen en juego una determinada manera de ser, de vivir y de actuar en el mundo.

Para comprender ese trasfondo moral que da significado a la idea de un “yo” moderno, el autor plantea para su estudio, tres dimensiones del pensamiento moral: el respeto y la obligación hacia los demás, la vida plena, y la dignidad. La primera dimensión, referida al respeto y la obligación hacia los demás, está asociada a la idea de derecho subjetivo, es decir, a la capacidad de poder o potencia (Deleuze, 2003) que se le atribuye a la persona como condición natural, que en el caso del respeto, le permite decidir sobre lo que

hace y piensa acerca de los otros y de sí mismo. El derecho subjetivo conlleva, en su correlato, la noción de autonomía e implica que en tanto las personas son poseedoras del respeto, es sobre ellas que recae la responsabilidad de hacerlo valer o ignorarlo para sí mismos y para los otros.

Taylor asocia dos rasgos importantes al significado de respetar a alguien y los considera constitutivos de nuestra identidad moderna. El primero, es el de evitar el sufrimiento. Según Taylor (1996), hoy las personas son mucho más sensibles al sufrimiento y consideran que deben reducirlo al máximo; un tipo de situación distinta a la de evitar el sufrimiento es vista como una aberración. El segundo rasgo, es la afirmación de la vida de producción y de la vida de familia, es decir, de la vida corriente, que se convierte en el centro de la idea de lo que es una buena vida. Estos dos rasgos, según Taylor, constituyen un conjunto de intuiciones morales correspondientes al orden del respeto por la vida humana. A él se asocian las prohibiciones y las obligaciones más serias, y de más peso, que las intuiciones morales le imponen a la persona sobre el respeto (Taylor, 1996).

Ahora bien, ese conjunto solo abarca las obligaciones que se adquieren con los demás y no incluye las cuestiones del valor de la vida que conforman la segunda dimensión. Esta, se encuentra referida a la manera cómo se hace de la vida algo pleno, según los límites que se impongan a la fuerza del deseo y de los

Taylor asocia dos rasgos importantes al significado de respetar a alguien y los considera constitutivos de nuestra identidad moderna.

anhelos inmediatos, ya que estos pueden conducir un camino que induzca al fracaso. Vivir una vida plena se asocia al segundo rasgo del respeto, según el cual, el trabajo y la familia le dan sentido a lo que es ser un “yo” y a la manera como vive. Este propósito implica una serie de cuestiones, señaladas por Taylor (1996), sobre el significado de la vida y que hacen parte del estudio del trasfondo moral de la identidad: “¿cómo voy a vivir mi vida?, ¿qué clase de vida merece ser vivida?, ¿qué clase de vida satisfará mejor la promesa implícita en mis particulares talentos, o demandas que alguien pudiera hacer con respecto a mis cualidades? y ¿qué es lo que constituye una vida rica y significativa?” (Taylor, 1996, p. 29).

Una tercera dimensión es la dignidad, según la cual, las personas se piensan a sí mismas como seres merecedores (o no merecedores) de respeto de quienes las rodean. La pregunta que introduce Taylor (1996), en este caso, es “¿en qué consiste la dignidad propia?” (p. 29). Para él, la dignidad se da en relación con sí mismo, cuando la persona considera que ha decidido sobre la forma cómo ha de vivir la vida, aprovechando sus talentos frente a las exigencias que otros le hacen para vivir de manera productiva y llenando de significado su vida en la conformación de una familia. Pero también, se da en relación con el otro, cuando permite que este —según sus opiniones, conceptos y planes de vida— tome decisiones, es decir, haga uso de su libertad. Para Taylor, la dignidad tiene una forma de expresión cuando las personas andan, hablan, gesticulan, se mueven; esta forma

de expresión es el comportamiento y está configurada por la conciencia que tiene la persona de que aparecemos ante los demás en el espacio público.

El trasfondo moral, según las dimensiones del pensamiento moral: el respeto y la obligación hacia los demás, la vida plena, y la dignidad, constituye un marco de referencia. El “yo” está inmerso en un conjunto de marcos referenciales, que son valorados por este, en relación con lo que implican para su vida. Así, “pensar, sentir y juzgar dentro de dichos marcos, es funcionar con la sensación de que alguna acción o modo de vida o modo de sentir es incomparablemente mejor que otros que tenemos más a la mano” (Taylor, 1996, p. 34).

Lo que plantea Taylor es un umbral de decisión propio del “yo” sobre los marcos referenciales constituidos en un época determinada, y que se caracteriza, para la modernidad, por una fuerte valoración que implica que “la gente que plantea esas formulaciones no duda de la posibilidad de que para satisfacer los deseos y anhelos más inmediatos, puede tomarse un camino equivocado que conduzca al fracaso del intento de vivir una vida plena” (Taylor, 1996, p. 29). De ahí, el lugar y la importancia de hablar sobre el proyecto de vida, que no es más que un conjunto de distinciones cualitativas que definen las decisiones, que de alguna manera, se cree, garantizan el respeto por el otro y por sí mismo, una vida plena y la dignidad.

El conjunto de distinciones cualitativas que configuran los marcos de

Lo que plantea Taylor es un umbral de decisión propio del “yo” sobre los marcos referenciales constituidos en un época determinada, y que se caracteriza, para la modernidad,

referencia, implican ciertos modos de vivir, de pensar y de actuar, que remiten a las preguntas por ¿quién vive?, ¿quién piensa? y ¿quién actúa? Es el conjunto de elementos cualitativos los que designan al yo como respuesta a la pregunta ¿quién? en tanto identidad. Esta última puede abordarse, según Taylor, en la correlación de dos planos: el primero, referido al lugar que ocupa el yo en las cuestiones morales y espirituales; y el segundo, referido a la condición de existencia del yo en una comunidad definidora.

Según el primer plano, “Los marcos de referencia proporcionan el trasfondo, implícito o explícito, para nuestros juicios, intuiciones o reacciones morales en cualquiera de las tres dimensiones” (Taylor, 1996, p. 42) mencionadas para el estudio del trasfondo moral o marco de referencia del significado del “yo”. Las dimensiones configuran la creencia de que estamos capacitados para una vida mejor, de que debemos proteger la libertad de expresión como respeto a la dignidad del otro, en tanto permite definir opiniones, conceptos y planes de vida, como propias del “yo”; y de que la dignidad contiene cierto valor asignado por el rango o posición dentro de una forma de vida.

Las personas actúan a propósito de un marco de referencia, a partir del cual se preguntan sobre la dignidad de ciertas formas de vida, sobre el lugar que ocupan los otros en la sociedad y sobre las obligaciones morales que se imponen a sí mismos. De ahí la tesis de Taylor (1996) de que es absolutamente

imposible deshacernos de los marcos de referencia, dado que conforman el horizonte de sentido de la vida.

Responder a la pregunta ¿quién soy yo? implica, por un lado, orientarnos moralmente en lo que para ese “yo” que se cuestiona, constituye “lo que es bueno y malo, lo que merece la pena hacer y lo que no, lo que tiene significado y lo banal y secundario” (Taylor, 1996, p. 44), y por otro lado, la comprensión de la persona en una época según un marco de referencia, que puede contrastarse en relación con otra época y sus propios marcos de referencia, es decir, según un conjunto de condiciones de posibilidad que determinan ciertos modos de vivir, de pensar y de actuar. Taylor está hablando de una comprensión histórica de ¿quién soy yo?

El primer plano se distingue del segundo plano, en tanto la relación entre los marcos de referencia y la identidad se sitúa en la historia. Para el segundo plano, la identidad tiene una condición, a saber, darse en la correlación con otro “yo”. En este plano, se concibe el “yo” solo en interlocución con otro “yo”. En palabras de Taylor, el “yo” se define como un interlocutor en una comunidad de interlocutores, del cual se presupone un punto de vista y un papel que desempeña.

En el segundo plano de estudio de la identidad, que plantea Taylor, se debe considerar que las personas nacen inmersas en el lenguaje, en él aprenden el significado de las palabras

Según el primer plano, “Los marcos de referencia proporcionan el trasfondo, implícito o explícito, para nuestros juicios, intuiciones o reacciones morales en cualquiera de las tres dimensiones”

introducidas en una conversación, el significado que las palabras tienen para ellos y el significado de lo que es ser un “yo”. De ahí que, no es posible pensar la identidad por fuera de las relaciones con los otros y en el marco de un ejercicio de autointerpretación, en el que por medio del lenguaje se articulan los marcos de referencia, en comunidades de interlocutores. En ellas, el “yo” se describe con relación a una comunidad de interlocutores, que también se constituye en el lenguaje. Taylor aclara que la independencia del “yo” en la autointerpretación, no niega el hecho de que el “yo” solo existe entre otros “yo” (Taylor, 1996, p. 51). Esta cuestión es fundamental a la identidad, en lo referido a la pregunta ¿quién soy yo?, así el autor afirma:

esta pregunta encuentra su sentido original en el intercambio entre hablantes. Yo defino quién soy al definir el sitio desde donde hablo, sea en el árbol genealógico, en el espacio social, en la geografía de los estratos y las funciones sociales, en mis relaciones íntimas con aquellos a quienes amo, y también, esencialmente en el espacio de la orientación moral y espiritual dentro del cual existen mis relaciones definidoras más importantes (Taylor, 1996, p. 51).

La familia, como elemento constitutivo del marco de referencia moderno, se consolida como el horizonte a partir del cual se valora una vida como plena y se adquiere un lugar en la sociedad en tanto padre, madre e hijo, que implica un conjunto de compromisos e identificaciones adquiridos.

En síntesis, los marcos de referencia delimitan un espacio de interlocución y brindan significado al conjunto de interrogantes que circundan en el orden del respeto hacia los demás y en el de lo que es una vida plena. Para Taylor, esto argumenta el hecho de que no es posible deshacernos de los marcos de referencia

y de la identidad, en tanto definen el “yo” como lo que uno es, “por la manera en que las cosas son significativas para uno” (Taylor, 1996, p. 50).

Identidad y familia

La familia, como elemento constitutivo del marco de referencia moderno, se consolida como el horizonte a partir del cual se valora una vida como plena y se adquiere un lugar en la sociedad en tanto padre, madre e hijo, que implica un conjunto de compromisos e identificaciones adquiridos. Uno de los compromisos que se gana con la conformación de la familia es el de garantizar el bienestar en las condiciones de vida de sus miembros, lo cual constituye parte de la consolidación del vínculo familiar. Así, por ejemplo, en un principio, los niños eran entendidos como adultos trabajadores; lo cual, tenía que ver con el aporte que el niño-adulto (Bauman, 2008, p. 62) podía hacer con su trabajo al sostenimiento económico de la familia. Pero, debido a los altos índices de mortandad, el escaso crecimiento de la población trabajadora adulta y la sensibilidad que anota Taylor a la modernidad sobre el sufrimiento humano, el niño pierde el lugar de trabajador y adquiere el carácter de desprotegido y débil.

Lo anterior tiene que ver con el respeto hacia el otro y la disminución del sufrimiento, mediante el vínculo de parentesco que garantiza el cuidado de unos con otros. Así se adjudica la responsabilidad de garantizar para los niños alimentación, salud, vestido y

protección (Bauman, 2008, p. 63) por parte de los padres; es decir, garantizar el bienestar en sus condiciones de vida, para que estos no mueran antes de tiempo. Evitar el sufrimiento de los niños y el deber de la sociedad y de la familia, como figura por excelencia, de reducirlo al máximo, es uno de los rasgos que plantea Taylor como propio de la idea del respeto subjetivo en la modernidad. Un tipo de situación distinta a la de evitar el sufrimiento de los niños es vista como una aberración.

De igual forma, la postura moral de la familia, contenida en la identidad moderna, se asocia a la idea de dignidad, pues el pertenecer a una familia implica el merecimiento de respeto y constituye la delimitación de un lugar social reconocido en relación con el otro. Ser miembro de una familia se vuelve un valor social, por lo que nacer por fuera de ella o vivir en el mundo sin consolidarla, se vuelve objeto de juicio negativo. Asimismo, actos como el abandono de los hijos, la embriaguez de los padres o la promiscuidad entre los miembros de la familia, son juzgados como algo negativo y que, por tanto, se debe combatir. Señala Donzelot (1998), en el libro *La policía de las familias*, que en el siglo XVIII la constitución de la familia en la modernidad, respondía a la instauración de una figura social que garantizaba que los hombres salieran de los bares y trabajaran para sostener a su esposa e hijos, así como las mujeres vigilaran la permanencia de su esposo en el hogar y velaran por el bienestar de ambos.

Siguiendo con Bauman, es natural al hombre la sensación de incompletud, que no puede ser suplida bajo otros aspectos, sino solo por la presencia de otro humano (Bauman, 2008, p. 59) con el que se está dispuesto a comprometerse. Lo cuál implica solidificar la unidad - familia que se ve cargada por valoraciones como la necesidad de organizar sus vidas, situar su estadía en un hogar fijo y disminuir el vicio y el crimen en las ciudades, propias del marco de referencia moderno que condicionan el vínculo entre hombres y mujeres. La unidad que señala Bauman (2008), como compromiso de la familia moderna, implica, por un lado, un tipo de relación que se establece bajo la condición de ser “para siempre” (p. 8); y por otro lado, en la unidad constituida, la garantía de solidez en el vínculo, de tal forma que permita afrontar dificultades o malos momentos que pongan en riesgo la solidez de la unidad familiar.

Las implicaciones de duración y solidez de las relaciones caracterizan el vínculo de parentesco que se establece entre las personas en la modernidad, dado que toda relación deja una huella que no puede borrarse en la autointerpretación que se hace de la persona y que le determina el significado de lo que constituye su existencia en el mundo según sus elecciones y fracasos. Además, aunque una relación pueda terminar, siempre que se inicia, se parte del principio de que esta debe ser sólida y que se asume como una oportunidad única e irrepetible: “uno sólo se enamora una vez”.

Siguiendo con Bauman, es natural al hombre la sensación de incompletud, que no puede ser suplida bajo otros aspectos, sino solo por la presencia de otro humano (Bauman, 2008, p. 59) con el que se está dispuesto a comprometerse.

Otro compromiso en la constitución de la familia, es el de la perpetuidad del vínculo. A este respecto, señala Bauman (2008) que los hijos ocupan el lugar de puente entre la tensión creada por la finitud del vínculo de parentesco (p. 63), dadas las condiciones finitas de quienes lo establecen (padre y madre), y la idea de infinitud del mismo con la procreación de los hijos como herederos de la unión. Los niños hacen parte de la necesidad de prolongar, en el tiempo, la existencia de la familia. En ese sentido, se considera como uno de los fines deseables en la modernidad, la consolidación del vínculo familiar bajo la idea del linaje o pureza de sangre. La infinitud, que podría asegurar este último, se vuelve una responsabilidad imperiosa para conservar y sostener la unidad familiar. De esta concepción se desprende, para las mujeres, la obligación de contraer matrimonio bajo la condición de su castidad, pues esta última, es la única que garantiza la pureza en el linaje.

Las personas sienten que la vida en familia es un modo de vida mejor que otros que compiten con él, como el vagabundeo, la promiscuidad, el alcoholismo, entre otras. Esta decisión en sus vidas se hace sobre marcos de referencia que implican una fuerte valoración, ya que, en la búsqueda de la vida plena en familia, se pueden tomar caminos que conduzcan al fracaso (Taylor, 1996, p. 29). Es decir, la vida en familia se constituye en un fin valioso para las personas, pero este es exterior a los deseos e inclinaciones propias del “yo”, por lo que siempre está en sus

manos decidir las acciones que realizará para alcanzar el fin de convertirse en padre o madre de una familia.

La idea de familia, en tanto constitutiva de la identidad moderna, se encuentra determinada a partir de los compromisos de seguridad, unidad y perpetuidad, y las identificaciones sociales del lugar y el reconocimiento que se adquiere al ser padre cabeza de hogar o madre veladora de la familia. Ha sido mediante las prácticas de una comunidad definidora que se ha aprendido el significado de dichos compromisos y la importancia o valor que ello tienen para la definición de relaciones con el otro.

En síntesis, los compromisos de constitución de la familia, señalados por Bauman, a saber, unidad, seguridad y perpetuidad, se asocian a la idea de que el futuro puede ser determinado por nuestros actos en el presente, de ahí que se hable de la proyección de la vida en un cierto orden de prioridades, que vuelve el hecho de tener una familia, una condición necesaria para llegar a una vida plena. El conjunto de compromisos e identificaciones que constituyen el marco referencial moderno de la familia, sobre el cual, para Taylor, existe un umbral de decisión propio del “yo”, que pone en juego una fuerte valoración, sitúa a la persona como responsable de él mismo y sus decisiones, por lo que estas se toman en proyección hacia el futuro, al respecto afirma Taylor (1996), que siempre “puede tomarse un camino equivocado que conduzca al fracaso del intento de vivir una vida plena” (p. 29).

En síntesis, los compromisos de constitución de la familia, señalados por Bauman, a saber, unidad, seguridad y perpetuidad, se asocian a la idea de que el futuro puede ser determinado por nuestros actos en el presente, de ahí que se hable de la proyección de la vida en un cierto orden de prioridades, que vuelve el hecho de tener una familia, una condición necesaria para llegar a una vida plena.

Consideraciones finales: identidad y red de conexiones

Bauman señala que los modos de relación entre los seres humanos que se sustentan en el modelo del vínculo de parentesco, se transforman en la actualidad, por la intervención de la velocidad que condiciona el tiempo real y la virtualidad que condiciona el espacio y la proximidad, determinantes del modo como se establecen las relaciones sociales entre las personas. Por ello:

Con el mundo yendo a alta velocidad y acelerando, uno ya no puede confiar en tales marcos de referencia como exige la utilidad debido a su supuesta durabilidad (¡por no mencionar su atemporalidad!). Ni uno confía en ellos, ni desde luego, los necesita. Dichos marcos no recogen nuevos contenidos fácilmente. Enseguida resultarán demasiado exiguos y rígidos para albergar a todas esas nuevas identidades inexploradas y no puestas a prueba que están tentadoramente al alcance de uno y que nos brindan ventajas estimulantes por desconocidas, prometedoras y poco desacreditadas (Bauman, 2005, p. 63).

Según la tesis de Bauman, la velocidad y la virtualidad produce la idea de fragilidad en las relaciones de parentesco, lo que genera que nuestros vínculos con el otro ya no estén fijos y ahora se caractericen por ser conexiones temporales, bajo la premisa: “tan fácil como se establecen los vínculos con el otro, de la misma manera se deshacen”; y esto representa

para el autor el paso de una racionalidad moderna a una nueva que denomina como líquida.

La velocidad para acceder a la información, para contactarse con alguien que se encuentra a miles de kilómetros, para hacer negocios y para muchos otros fines, ha dejado al descubierto la frecuencia en la variación de las condiciones en que viven las personas, no porque antes no se dieran variaciones, sino porque ahora confluyen con mayor velocidad. Para Bauman, la velocidad determina un mundo “que ya no es capaz de ofrecer caminos profesionales confiables ni empleos fijos, con gente que salta de un proyecto a otro y se gana la vida a medida que va cambiando” (Taylor, 1996, p. 64).

Si las condiciones en la vida son inestables y, de igual forma, las relaciones que se entablan, entonces, los vínculos que se establecen en la modernidad líquida entre los individuos se entienden bajo la noción de conexión instantánea, que hace que los individuos se ocupen solo del asunto que genera la conexión, ya sea un tema en un foro, un grupo de interés en *Facebook* o una marcha en contra o a favor de algo. Se delimita el inicio y el final en el marco de dicho asunto, dejando a los individuos a salvo de desbordes en la situación y protegiéndolos de todo compromiso. Así, se termina el foro, el grupo o la marcha y se termina la conexión. Para Bauman (2008), es la noción de red la que permite un tipo de proximidad y distancia virtual, que ya no implican la

La velocidad para acceder a la información, para contactarse con alguien que se encuentra a miles de kilómetros, para hacer negocios y para muchos otros fines,

cercanía o distancia física y “hace de las conexiones humanas algo a la vez más habitual y superficial, más intenso y más breve” (p. 89).

De ahí que, consolidar un lazo de parentesco como en la familia moderna, bajo los compromisos de unidad y perpetuidad, hoy parece ser una de las decisiones más complejas y preocupantes, pues en un mundo en el que nada está seguro, no es fácil comprometerse; ya que, como afirma Bauman (2003), “aferrarse demasiado, cargándose de compromisos mutuamente inquebrantables, puede resultar positivamente perjudicial, mientras las nuevas oportunidades aparecen en cualquier otra parte” (p. 12).

Comprometerse implica optar por una opción y desechar las demás, bajo la idea de que la decisión que se tome sirva para la consolidación de una vida plena, pero el valor de tener una familia propio de la modernidad hoy se encuentra en un estado de transición, en el que no ha desaparecido como modelo de las relaciones sociales, pero a la vez, se encuentra caduco frente a los múltiples tipos de relaciones que se presentan en la red de conexiones, que no implican ningún tipo de compromiso y que pueden ser desechos en cualquier momento y sin ningún afectado. Según Bauman (2003), el concepto de familia junto con el de compromiso y perpetuidad son “Como zombis, [son] conceptos [que] están hoy vivos y muertos al mismo tiempo” (p. 12).

Se han transformado los marcos de referencia de la racionalidad moderna,

fundada en la noción de familia, por unos referidos a una racionalidad líquida, que se funda en los compromisos por la individualidad del yo en el espacio virtual y la instantaneidad en la conformación y finalización de relaciones con el otro. La sensación de incompletud, que plantea Bauman como impulso natural para su satisfacción, es precedida por el miedo a establecer compromisos a largo plazo y favorecida por la emergencia de un espacio virtual en el que es posible establecer contacto con el otro sin tener la mínima proximidad física y comprometer mas allá de lo que delimita este campo virtual. La relación con otro ser humano, en la modernidad líquida, se ve afectada por nuevas reglas que lo sitúan ya no en el lugar del vínculo sino de la conexión temporal e instantánea.

Nuevas reglas que implican, por ejemplo, que para conocer al otro ya no se necesita desplazarse del estudio de la casa, dado que la Internet configura un espacio de encuentro incorporal, en el que el “yo” de carne y hueso, es suplido por un usuario virtual que le permite mantener contacto con otros de su misma condición. Para Bauman, lo que existe es una ilusión de unión originada y culminada en la conexión. Al parecer, la sensación de incompletud, en lugar de ser subsanada, se exagera produciendo una sensación de extrañamiento entre los individuos, generando que las personas pierdan la capacidad de entablar relaciones con el otro. En la moderna época líquida, la unidad del vínculo entre los seres humanos se transforma por una individualidad que los desconecta.

Para Bauman, lo que existe es una ilusión de unión originada y culminada en la conexión.

La unidad, en la modernidad líquida, se enfrenta a la ambivalencia del “impulso de estrechar los lazos pero manteniéndolos al mismo tiempo flojos para poder desecharlos” (Bauman, 2008, p. 12). Se teme la cristalización del vínculo, por lo que hay una lucha contra la condición “para siempre” de las relaciones y contra la posibilidad de perder la libertad para elegir entre la diversidad de oportunidades que conforman el campo de las relaciones con el otro. Pero, al mismo tiempo, existe el anhelo de consolidar un vínculo duradero y exclusivo con otro ser humano. Lo anterior, se materializa en una imposibilidad de actuar o en una neurosis de base, pensando en una cosa mientras se habla de otra, para Bauman (1996) esto corresponde a la ambivalencia y se entiende como:

[...] la posibilidad de referir un objeto o suceso a más de una categoría, es el correlato lingüístico específico del desorden: es el fracaso del lenguaje en su dimensión denotativa (separadora). El principal síntoma del desorden es el agudo malestar que sentimos cuando somos incapaces de interpretar correctamente la situación y elegir entre acciones alternativas (p. 73).

A partir de esta neurosis, las relaciones entre los individuos se fundan en sentimientos de inseguridad y deseos conflictivos propios de esta ambivalencia y de las condiciones variables del mundo, en las que nada está seguro y nada es para siempre. Para Bauman (2008), esta inestabilidad en las condiciones de vida del individuo

son condiciones determinantes de la fragilidad en los vínculos humanos (p. 13). Y es por efecto de dicha inestabilidad, que el individuo de la modernidad líquida, no piensa en el bienestar de un hogar, en términos de garantizar alimentación, salud, vestido y protección de sus miembros, como pasaba en los vínculos de parentesco.

El tiempo real y el espacio virtual configuran una determinada manera de vivir, pensar y actuar, definen el contenido de la pregunta ¿quién soy?, es decir, del conjunto de compromisos e identificaciones que dé la identidad moderna líquida. Indican el paso del compromiso con la unidad y la perpetuidad como parte del trasfondo moral de la manera como se entablan vínculos con el otro, a un compromiso con la individualidad y la instantaneidad propias de la red de conexiones.

Según lo planteado por Taylor, la identidad moderna se da en la correlación con otro “yo”, que implica un tipo de proximidad física entre las personas, pero en el caso del espacio virtual, en el que se pierde la corporeidad, el otro que se da en relación con el “yo” no es corporal, es virtual e intemporal, pero que sirve como interlocutor ausente hasta que establezca una conexión, y del cual se presupone un punto de vista y un papel.

Los niños de hoy nacen inmersos en la red de conexiones, en ella aprenden el significado de las rutas de acceso, sus límites, el lenguaje técnico en la interacción con la red, entienden el

El tiempo real y el espacio virtual configuran una determinada manera de vivir, pensar y actuar, definen el contenido de la pregunta ¿quién soy?, es decir, del conjunto de compromisos e identificaciones que dé la identidad moderna líquida.

significado de ser un “yo” virtual o usuario de la red. En este caso, no es posible pensar la identidad moderna líquida por fuera de la interacción con la red de conexiones, que funciona como marco de referencia que se articula con otros existentes y nuevos por venir. El sexo virtual, los matrimonios y las relaciones a distancia o enunciados como “nos encontramos en Facebook” configuran un lenguaje que articula el marco de referencia líquido, caracterizado por la fragilidad en los vínculos, entre otros yos incorporeales que también constituyen su identidad en este lenguaje.

Las relaciones familiares de parentesco señalaban la relación existente entre la identidad y el marco de referencia moderno, como constitutiva de la familia en tanto figura de unidad y solidez

de los vínculos sociales. Lo anterior corresponde a una de las valoraciones más fuertes de las personas, y a partir de ella se determina una manera de juzgar y entender las relaciones de parentesco, pero a la vez, su devenir en relaciones desvinculadas por efecto del tiempo real y el espacio virtual, conlleva la instantaneidad en el establecimiento y finalización de los vínculos.

Lo anterior, señala el paso de los compromisos e identificaciones con el compromiso, la unidad y la perpetuidad, a la red de conexiones fundada en la desvinculación, la incorporeidad y la instantaneidad, en tanto determinantes de una nueva racionalidad que no implica la desaparición de la identidad, sino la reconfiguración de nuevos marcos de referencia que permiten una nueva interpretación del “yo”.

Referencias

- Bauman, Z. (1996). Modernidad y ambivalencia. En A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann y U. Beck. *Las consecuencias perversas de la modernidad* (J. Beriani, comp.). Barcelona: Anthropolos.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad Líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad. Conversaciones con Benedetto Vecchi*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Bauman, Z. (2008). *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Deleuze, G. (2003). *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- Donzelot, J. (1998). *La policía de las familias*. España: Editorial Pre-textos.
- Taylor, C. (1996). *Fuentes del Yo. La Construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Unión Internacional de Telecomunicaciones. (2005). *Manual sobre redes basadas en el protocolo de Internet (IP) y asuntos conexos*. Recuperado el 24 de enero de 2016, de www.itu.int/ITU-T/special-projects/ip.../IPPolicyHandbook-S.pdf

El sexo virtual, los matrimonios y las relaciones a distancia o enunciados como “nos encontramos en facebook” configuran un lenguaje que articula el marco de referencia líquido,